

"RELACION DE PAREJA Y DESARROLLO DEL NIÑO"¹

JOSE ANGEL VERA NORIEGA

CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN ALIMENTACIÓN Y DESARROLLO A.C.

Con el objeto de presentar las variables y la evidencia actual relacionada con la estimulación del niño, este artículo desarrolla primero el concepto de calidad y cantidad estimulativa como parte de la discusión actual sobre la importancia de la *calidad* de la atención por encima de la *cantidad*. Después se describen una serie de reglas de actuación de los padres frente al niño para facilitar el desarrollo de la comunicación y el apego que haga posible el monitorear y promover conducta adecuada.

Se consideran algunas variables relacionadas con el funcionamiento de la diada madre e hijo y finalmente se desarrolló el papel de la interacción de la interacción padre-madre sobre el comportamiento del niño. En la relación de pareja se enfatizan la satisfacción, poder, exclusividad y comunicación con la finalidad de analizar las derivaciones sobre la conducta de los padres como cuidadores y proponer un sistema de relaciones para el estudio de éstas y su impacto sobre la estimulación y el desarrollo del niño.

Tradicionalmente el estudio de la estimulación y desarrollo del niño se nos presenta como ajeno al campo de la personalidad de la madre y de las investigaciones sobre relaciones interpersonales y de pareja. Sin embargo, parece difícil entender algunos estilos de cuidado del niño si no tenemos en cuenta algunos rasgos de conducta de la madre (Wahler y Dumas, 1989), adquisición de estos rasgos y estados de comportamiento aparecen a su vez, relacionados con las características de interacción con la pareja (Long, Forehand, Fauber, y Brody, 1987).

Aún cuando parezca insólito, la mayoría de los cuidadores en la zona rural y, en las pequeñas ciudades son las madres biológicas y aún más, la mayoría de ellas tiene una pareja. Para el hombre y la mujer,

la pareja parece seguir interesando como base del desarrollo personal y de estructuración y sobrevivencia de la familia.

Por la necesidad de buscar puntos de convergencia entre tres áreas de investigación que se han considerado aisladas dentro del estudio de lo psicológico y por la importancia que reviste aún la crianza del niño a partir de dos cuidadores, es importante revisar el papel que algunas variables, resultado de la interacción, tienen para facilitar u obstaculizar las acciones encaminadas a promover el desarrollo.

A partir de un análisis centrado en los cuidadores, se intenta únicamente desarrollar a manera de monografía los hallazgos que son relevantes en cada una de las tres áreas con el desarrollo del niño. De esta

¹ Presentado en la 5ª Semana de Psicología en el COLEGIO DE PROFESIONALES DE LA PSICOLOGIA EN SONORA, A.C. del 23 al 28 de Octubre en Cd. Obregón, Sonora.

manera, la propuesta lógica y esquemática resultante estará diseñada bajo una conceptualización unidireccional y multideterminada en la cual, el papel de la conducta del niño sobre los patrones y estilos de personalidad e interacción de la pareja no estarán considerados. Con el compromiso de llevar a cabo un propuesta futura que considere el papel activo del niño sobre la interacción de pareja queda este intento que pretende ofrecer elementos teóricos y empíricos para la selección de las variables que se utilizaran para el diseño de un esquema de relaciones que ilustre las concatenaciones que se dan en este punto de confluencia e intersección de tres áreas de estudio.

CALIDAD Y CANTIDAD ESTIMULATIVA PARA EL NIÑO

El desarrollo del niño de 0 a 6 años está matizado de una serie de incongruencias y de azares en lo que se refiere al papel de los cuidadores. La mayoría de los padres y educadores piensan que la evolución de la conducta motora gruesa y fina, la sensopercepción, el lenguaje y la cognición requieren de una serie de técnicas y estrategias que con un poco de infraestructura lúdica resultan en la más adecuada estimulación. Actualmente es común oír que es mejor la calidad que la cantidad y sabemos tan poco de *calidad* en desarrollo psicológico, que resulta una incógnita saber si el decremento en el tiempo para la atención y cuidado del niño, aunado a un aumento en la *calidad* favorezca el desarrollo infantil, más allá de ser un esfuerzo caritativo derivado de un sentimiento de culpa hacia el abandono.

Parecería que el concepto de *calidad* en lo que se refiere al cuidado del niño significa una valoración estimada en términos del nivel de necesidad de apego de la madre hacia el niño más que un indicador del progreso sustantivo en los repertorios del niño. El sentimiento resultante de la lejanía y la privación afectiva recíproca confunde la necesidad de apego con la *calidad* de la

interacción (Ponzio, 1990).

Calidad tiene que ver con el incremento en complejidad y la aparición de nuevos repertorios y esto depende por un lado, de la existencia de una plataforma biológica y por otro, de la estimulación que facilita la velocidad y complejidad del desarrollo psicológico (Bijou y Baer, 1982). El desarrollo tiene lugar en una ecología, nicho o contexto compuesto de agentes sociales, objetos físicos y dimensiones biológicas (Bronfenbrenner, 1987). Si bien es cierto, bajo esta premisa el problema consiste en elaborar una taxonomía que clasifique toda y cada una de las variables del macro, micro, meso y exo ambiente, además debe considerarse difícil estimar el nivel de varianza que cada una de ellas explica del total de los cambios en el comportamiento del niño. En este momento no se va a polemizar sobre ello, sino a reconocer que los hermanos y los padres o cuidadores juegan un papel fundamental, estimulando y promoviendo repertorios nuevos o incrementando la complejidad ya existente, así como también la comunidad a través de su cultura y valores, lo mismo que las instituciones sociales lo hacen a través de la religión, la política y las tendencias ideológicas (Schaffer, 1990).

Sin demérito de la buena voluntad y fé del acto de cuidado, ya sea limpiarle los mocos al niño, ayudarlo a ponerse la camisa o los zapatos, enseñarlo a subir una escalera ó que diga papá, este tipo de relación entre la madre y el niño tiene un control social normativo, esto es, la madre o cuidador lo lleva a cabo porque así lo esperaría o lo demanda el grupo social en el que ella vive y se desenvuelve. La madre está más atenta de como es percibida y evaluada como cuidadora por su grupo social, y menos interesada en como cada interacción con su niño promueve conductas adecuadas o inadecuadas (D'allessio, 1990).

Sin embargo, al llevar a cabo cualquiera de las conductas de cuidado del niño, la madre y el niño establecen una condición

de afecto-emoción, esto es, no es sólo hacerle las trenzas, alinearle la ceja o preparar el desayuno, sino que se debe considerar que los gestos, la conducta verbal desplazada, las características de los contactos tactuales, la mirada, la sonrisa, la calidez o la frialdad, la ternura o la dureza son parte integral de la relación. Estos aspectos afectivos que implican aceptación, apego y responsividad por parte del cuidador son fundamentales para que la conducta adecuada se haga más frecuente y probable en el futuro.

Difícilmente los padres tienen los conocimientos suficientes para poder estimar el potencial de transformación de una u otra estrategia de enseñanza y además planear el tipo y secuenciación de las habilidades que van a entrenar en el niño, a la manera de un programador de computadora. Más bien parten de una fórmula más simple, en donde la aceptación, apego y responsividad como actitud y conducta promueven el desarrollo del niño y facilita la intuición del cuidador hacia las necesidades del niño. Así pues, en su acepción más llana pero útil del concepto *calidad* debemos entender a toda relación como una clara evidencia estimulativa que promueva el aprendizaje en cualquiera de las áreas promovida a través de tres factores a) responsividad de la madre hacia las demandas del niño; b) aceptación de los patrones de conducta; c) finalmente un componente afectivo como actitud y como conducta.

El amor, es una actitud y una forma de comportamiento hacia el niño. Es una actitud en la medida que expresa la forma en que percibe la madre o cuidador al niño. Esta forma de percibirlo subraya la estimación subjetiva que se tiene de la conducta del niño. Madres depresivas perciben a sus hijos como menos ajustivos y competentes, disruptivos y groseros (Gelfand-Donna y Teti-Douglas, 1990; Tiffany, 1992). Es también una forma de comportamiento, pues requiere de un sistema de contingencias y **que recompense** la conducta adecuada **mientras lo viste o le da de comer**. En conclu-

sión, es igualmente importante la cantidad de tiempo, como el tipo de actividades a realizar cuando entramos en contacto con el niño. En principio debe prevalecer una actitud educativa, una expresión alegre y afectiva, una atención dirigida a la conducta adecuada bajo un sistema ordenado y programado de relaciones para mantener la complejidad de la conducta.

PRINCIPIOS DE LA INTERACCION MADRE-HIJO

En nuestra experiencia el conocimiento de la madre o cuidador debe centrarse en tres principios que promueven el desarrollo y hacen más probable las interacciones diádicas madre-hijo: primero, cumplir las promesas; segundo, atender y recompensar conducta adecuada; tercero, definir expectativas claras y alcanzables con graduaciones y en donde el niño pueda medir y comparar su esfuerzo en relación con las condiciones e insumos con los que cuenta. Hablar de promesas se refiere a las precurrentes del proceso de planeación, se está entrenando el niño a planear cuando se le pide que coma y se le permitirá ver la tele, que recoja sus juguetes y se le dará postre, tantas y tantas veces se hace esto y otras tantas no se le cumple. En la medida en la cual, enseñamos al niño a esperar una recompensa, empezamos también a enseñar al niño a anticiparse a las consecuencias lejanas en tiempo y controlada por reglas de actuación que hacen posible seleccionar la respuesta ante una situación determinada. Se ganaría mucho en desarrollo del niño, si se cumpliera al niño lo que se le promete y la más significativa de las sorpresas sería que el niño prometería para cumplir.

Cuando se habla de *contingencias* nos referimos a la manera particular en la cual usamos el castigo y la recompensa. El principio más importante se define a la necesidad de que la madre o cuidador sea más sensible al comportamiento adecuado, más atenta y selectiva hacia aquello que se

considera como conducta ajustiva. Basados en la sobrevivencia del infante nos dedicamos a castigar lo que no debe hacer el niño, primero, por su seguridad y después por su moralidad. Se nos pasa la vida tratando de entrenar con el principio de exclusión, esto es, el niño debe aprender que lo que debe hacerse es aquello que no se ha castigado. Cuando algo novedoso sucede como tirar un vaso de cristal, aventar el gato o comer con la mano, inmediatamente la madre, a través de su ira y su arrebató, se encarga de aclarar, vía un par de nalgadas, que pertenece al grupo de cosas que no debe hacerse, pero nunca el niño tiene una sospecha de lo que es recompensado o sea de lo que debe o puede hacerse.

Al castigar o recompensar debe hacerse primero, con la intensidad según el tipo de conducta y el nivel de decremento o incremento que se espera en la probabilidad de respuesta, siempre estimando la relación entre el decremento o incremento en la conducta objetivo y el efecto colateral sobre otros repertorios. En particular, el castigo se aplica sin gestos de ira o agresión por parte de la madre y debe conceptualizarse como una técnica instruccional no como una terapia de relajación para la madre, en donde el niño es utilizado como instrumento de descarga de todo tipo de emociones que afectan al cuidador y que se revelan en el preciso instante en el que el niño no le gustó la comida, hace berrinche por un dulce o llora porque está rozado.

Finalmente, dentro de la trilogía para la interacción diádica está el *respeto*, se refiere fundamentalmente al establecimiento de estilos o rasgos de comportamiento como la autoestima y el autoconcepto (La Rosa y Díaz-Loving, 1988). Para esto, se recomienda a los cuidadores que durante la primera infancia y la edad preescolar no se lleven a cabo comparaciones de ejecución o desempeño de cualquiera de los repertorios entre niños que comparten un mismo nicho ecológico que puede ser el barrio, la cuadra, la escuela o la familia.

Al niño, lo mismo que en los adultos, sólo procede compararse contra sí mismo en términos de sus recursos y competencias, estimando la probabilidad de alguna conducta en el futuro. Las comparaciones, distinciones y la discriminación por ejecución, desempeño, rasgos físicos, estatus social son usados por los educadores o cuidadores para probabilizar un comportamiento instrumental. Por ejemplo, en su intento para que el niño pase al pizarrón, o deje de orinarse en el calzón o no pegue a otros niños, se les compara con sus hermanos, primos, vecinos haciendo ver que ellos son buenos, mejores y por eso los quieren, los estiman o los besan. Lo anterior, puede tener 3 consecuencias posibles: primero, el niño de 2 a 6 años basado en señales perceptuales encuentra lo *bueno* del otro desde su forma de vestir hasta sus berrinches y tenderá a imitarlo; segundo, el niño percibirá el desprecio de la madre hacia él no hacia su conducta, pues su posibilidad de clasificación es muy elemental (Hoffman, 1984), tercero, en pleno proceso de socialización el infante y el preescolar no tienen la posibilidad de modificar su conducta sin modelamiento directo del cuidador o profesor. Dificilmente el niño cambiará por tratar de igualar al niño clasificado como *bueno*, pues aún no cuenta con la capacidad interpretativa que le permita cambiar por su semejanza con una norma de grupo o sea, por efecto de lo que el grupo espera de él.

Se han descrito algunas consideraciones que deberían ser del conocimiento de los padres o cuidadores, como principios de comportamiento frente al niño para promover y facilitar no sólo un desarrollo psicológico adecuado sino para hacer más probable que el niño se relacione con el adulto y aumente la probabilidad de que monitoree su conducta bajo la tutela del cuidador. De aquí que lo importante como meta es un niño que voluntariamente se preste a ser evaluado o monitoreado, no es la meta tener niños obedientes y silenciosos, sumisos y dóciles sino más bien un niño en el cual, la activi-

dad, la discusión, el contraste y el desacuerdo sean los elementos más probables y en donde la negociación y la búsqueda de la concordia serán las estrategias que cuando adolescentes se sigan para respetar la pluralidad de las ideas y propuestas (Panier-Bagat, 1990).

CARACTERISTICAS DE LA MADRE O CUIDADOR

Hasta ahora sólo se ha hablado del niño y de lo que debe hacer el cuidador y parecería que el niño ha tomado el papel protagónico, porque hasta este momento el incremento en complejidad de sus repertorios parecen depender en mucho de su motivación y de las capacidades afectivas e instruccionales de la madre. En todo el discurso anterior, nos podemos percatar de lo difícil que resulta mantener una actitud y conducta adecuada frente a la crianza.

Ahora se enfatizará el papel de la madre o cuidadora. Se puede distinguir para el cuidador tres elementos que predisponen el uso de estilos de crianza diferentes: primero, el conocimiento que tiene sobre las bondades de unas técnicas educativas sobre otras, posiblemente relacionados con su historia particular, primero como hija y luego como cuidadora y finalmente como madre. Esta historia como factor disposicional puede hacer más probables ciertos tipos de estrategias para el control de la conducta del niño. El uso del castigo o recompensa, su intensidad, frecuencia y forma se establecen como conducta individual invariable

a lo que se llama *estilo de autoridad*, entre los cuales se cuenta con liderazgo familiar autoritario, democrático, sumiso y desinteresado (La Rosa y Díaz-Loving, 1990). El segundo elemento, que se asocia con el estilo de crianza es el estado anímico de la madre como estado y como rasgo (Radloff, 1977). Como rasgo implica que las variables que lo controlan tienen que ver más con una forma invariable de responder ante el evento,

lo cual, lo hace insensible a las condiciones ambientales y psicológicas presentes y como *estado* se refiere a su condicionalidad del contexto o la situación, que eventualmente explican que la madre se deprima o se encuentre furiosa o estresada. Finalmente, un tercer elemento fundamental es su autoconcepto, la forma particular en la mujer se concibe como producto de la forma de contacto histórico y una serie de valoraciones y estimaciones subjetivas acerca de su ejecución, su desempeño, su apariencia o su actitud o posición hacia la norma subjetiva, o sea, el responder en términos de lo que el grupo de referencia espera (Fishbein y Ajzen, 1980). Estos elementos hacen probable un estilo de crianza en donde los puntos sobre cuidado y desarrollo del niño debieron ponerse al servicio de la estimulación del niño en el hogar.

Aún cuando hace falta describir algo sobre temperamento y apego del niño como procesos y variables presentes al momento de tratar de explicar por qué la diada se comporta como lo hace, pasará al concepto de diada.

Hablar de una diada es una forma de conceptualizar el análisis del desarrollo desde la perspectiva del otro como ambiente social. Esto permite entender, el desarrollo cognoscitivo como un proceso que requiere de un sujeto sano y en un ambiente estimulante; además de procesos de estructuración progresivos en relación con el entorno, que siendo individuales se establecen sobre experiencias sociales. Esto es, cuando la mamá dice que su hijo es idioso, mulo, cosijoso, atravancado o cimarrón al mismo tiempo, se está etiquetando en términos de sus percepciones de la conducta del niño y en relación a lo que el niño es capaz de hacer y sus etiquetas responden además a la forma en la cual ha evolucionado su conducta.

No puede haber un niño cosijoso si no existe un cuidador que lo estimule y lo haga probable. El niño nace con un tono muscular que probabiliza los niveles de

actividad y sensibilidad sensorial, pero el adulto es quien interpreta sus acciones y le da connotaciones sociales a la conducta biológica. Estos son los principios de temperamento, la alternancia y el apego, que a través de la socialización se complejizan y transforman en estilos de conducta del niño, que si bien tuvieron su origen en el tono muscular fue en la interacción en donde se conformaron como formas de proceder invariantes ante situaciones o contextos desconocidos (Schaffer, 1984).

A los tres meses después del nacimiento, el cuidador y el niño son dos sujetos plenamente diferenciados, primero por la diversificación de estímulos en el ambiente y la sensibilidad para entrar en contacto con ellos y segundo, por la manera en que las respuestas han impactado a la madre asociándose a un u otro comportamiento materno y la forma en que la conducta materna hace más probable la risita, las tortillitas, los ojitos o la mocita. Es difícil diferenciar en el plano analítico, la conducta del niño y de la mamá en cualquier intercambio social, pues sus movimientos son interdependientes y se debe considerar la interacción como la variable a explicar, no la conducta del niño o de la mamá.

TRIADA PADRE-MADRE-HIJO

Un elemento poco analizado en relación al desarrollo del niño es el de las variables asociadas al papel del padre o pareja y la afectación directa sobre el niño o indirecta sobre la madre en su estado de ánimo y su impacto sobre el niño. La conducta de cada parte de la tríada se explica en parte, en base a factores disposicionales de tipo histórico para cada unidad, pero además, se encuentran las disposiciones situacionales asociadas en principio a la pareja y de manera más débil a los hermanos.

Curiosamente cuando el psicólogo dice a sus usuarios que traten de separar la maternidad o paternidad de la relación como pareja, no se sabe, que lo que se dice, es

prácticamente imposible, pues en el plano analítico, el intercambio social que cada uno de ellos ejerce con los hijos, ofrece un factor de explicación de varianza que tiene que ver con la calidad de las interacciones como pareja. En este nivel se tiene que reconocer como variables relevantes al estudio de la pareja: la satisfacción marital, la comunicación, poder marital, pertenencia y exclusividad.

En las relaciones en las que el grado de satisfacción marital es bajo, la comunicación se caracteriza por una agresión destructiva y estrés, frecuente manifestación de conflicto con respecto a sexualidad, interacción, etc. (Rollins y Cannon, 1974). Además, los matrimonios insatisfechos son menos precisos para juzgar las intenciones de sus parejas y realizan atribuciones más negativas en comparación con los satisfechos (Rivera-Aragón, Díaz-Loving y Flores-Galaz, 1988 a y b). La satisfacción marital está definida como "la evaluación subjetiva de la relación en una pareja", para cada género el concepto tiene diferente significado, para los hombres son más importantes las conductas instrumentales, mientras que las mujeres consideran más importante las conductas afectivas (Rollin y Cannon, 1974). En cuanto al curso de la satisfacción marital o de pareja se ha encontrado que es mayor al principio, disminuye con el nacimiento del primer hijo, se mantiene estable en ciertas etapas y aumenta al final de la relación, es decir, tiene forma de U (Burr, 1970). Se encuentra que las mujeres se sienten más aburridas en su relación de pareja que los hombres. Las parejas que se sienten más aburridas en su relación son las de más de 36 años de edad, mientras que las menos aburridas son las más jóvenes. Las personas que mejor se llevan con su pareja son las de 26 a 30 años de edad, mientras las que peor se llevan son las de 36 o más (Miller, Nunnally y Wackman, 1975). En otro estudio se observó que cuando la distancia entre la percepción de la pareja ideal y la real es muy grande, se presenta mayor insatisfac-

ción en la relación y viceversa, concluyendo que la distancia entre las características ideales y reales en una pareja, son buenos predictores de la satisfacción de la relación de la pareja (Rivera-Aragón, Díaz-Loving, Sánchez-Aragón, Ojeda-García, Lignan Camarena, Alvarado-Hernández y Avelarde-Barrón, 1994). Finalmente se ha observado que cuando la percepción de las características de la pareja eran positivas (afectiva, educada, honesta, instrumental) había mayor satisfacción con la relación, no así cuando la percepción era negativa (temperamental nerviosa, expresiva-negativa y depresiva) (Rivera-Aragón, Díaz-Loving y Flores-Galaz, 1987).

Por otro lado, la distribución del poder en la pareja se haya asociada al concepto de género que proporciona en forma desigual el control en cada uno de los miembros de la relación debido a expectativas sociales y roles sexuales que marcan la superioridad-inferioridad de hombres y mujeres en una cultura determinada (Díaz-Loving, Ruiz-Benjúmeda, Cárdenas-Ramos, Alvarado-Hernández y Reyes-Domínguez, 1994).

En relación con la pertenencia-exclusividad, generalmente, las parejas consideran para el establecimiento de una relación estable un compromiso de fidelidad (Brywhaw, 1962). La fidelidad sexual como exclusividad corporal es la importante en la mayoría de las parejas (Boylan, 1972; Trodman, 1989). Algunos autores indican que la infidelidad es necesaria, ya sea como una válvula de escape a presiones que ejerce la familia, o para liberar al sujeto de la presión de tener una relación estable (Lake y Hills, 1980). Sea como fuere, la sociedad reconoce la necesidad de restringir ese tipo de relaciones, ya que pueden alterar la estructura base de lo social: la familia. De estudios transculturales se deriva que a los hombres se les enseña que socialmente es deseable recibir estimulación sexual de más de una mujer (Rainwater, 1971). Asimismo, en el proceso de socialización se entrena al hombre a que el factor más importante para estar en una

relación marital es la lealtad a su pareja, mientras que para las mujeres es más importante la seguridad emocional (Nina-Estrella, 1991).

Si bien es cierto, no se puede afirmar que la pareja sea el único responsable del comportamiento de la madre y sus estilos de crianza, es importante considerar que su actuación en relación con cada una de las partes es esencial en su desarrollo. El estado afectivo-emocional de la diada madre o cuidador y su pareja afecta las formas y estilos de crianza. Se debe entender como la unión de dos conjuntos en donde existe una región de convergencia y otro espacio de exclusividad, en la actualidad hemos estudiado las regiones de exclusividad obteniendo datos ya sea sobre el proceso de desarrollo del niño o de la pareja, sin embargo, y dado el conjunto de herramientas disponibles podemos iniciar el estudio de la intersección.

Actualmente se sabe que el estado anímico, los niveles de estrés y ansiedad del niño y de la madre están determinados por variables diferentes a las que explican satisfacción, comunicación o exclusividad en la vida conyugal en donde las expectativas de cada una de las partes, el comportamiento sexual y la diferencia entre los géneros son los elementos más importantes. Pero también sabemos, que el ejercicio del poder en la relación de pareja tiene que ver con el uso de medidas anticonceptivas y con el dominio de una perspectiva moral y de valores que regulan el ajuste conductual de la diada madre-hijo, lo cual, se relaciona con el nivel y formas que adquiere el ejercicio de la autoridad.

El principio de equidad, implica el concebir como paralelos los papeles de cuidador, educador e interlocutor con el niño, y abandonar el concepto de dominación y suministro para el hombre y de sumisión y dependencia para la mujer.

La integración de la mujer a las actividades productivas remuneradas ha venido a generar un proceso de cambio en la perspectiva futura que la mujer tendrá al

interior de la familia y la sociedad. Pero en esta transición, ella tiende más a buscar el poder dentro de la familia y provoca un conflicto en donde no se toman las premisas correctas que le aseguren al niño un desarrollo eficaz.

En la actualidad, terapeutas, médicos y psicólogos deberían considerar la gran cantidad de datos existentes que permiten hacer predicciones acerca de la probabilidad de permanencia de una pareja en términos de los parámetros de diferentes modelos sobre el amor (Rubin, 1973; Arón y Arón, 1986). Por ejemplo, Díaz-Loving, Ruiz, Cárdenas, Hernández y Reyes (1994) investigaron las características masculinas y femeninas y su relación con la satisfacción marital y proponen que, los rasgos de masculinidad negativa que implican el dominio, suministro y autoridad son los más frecuentes en los hombres que los positivos asociados a democracia, negociación y apego. En las mujeres fueron menos frecuentes los rasgos de femineidad positiva, esto es, mujeres afectivas y comunicativas pero además, con conducta instrumental asociadas al género masculino. Tal como la investigación lo demuestra, este tipo de parejas son las menos correspondientes, difíciles de ajustarse y potencialmente van al fracaso. Los datos dicen que poseer características femeninas-positivas es lo más favorable y la masculinidad negativa también influye desfavorablemente en la satisfacción marital.

CONCLUSIONES

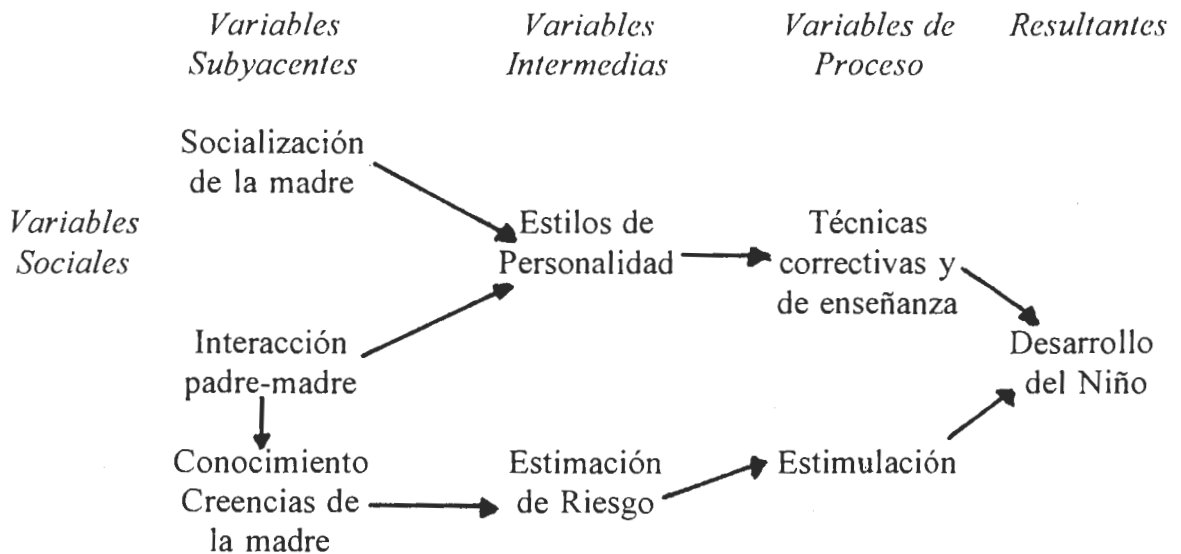
Podemos acercarnos a través de la lectura de los hallazgos a varias consideraciones: primero, el rasgo de personalidad como estilo se relaciona con las técnicas correctivas y de enseñanza, con el uso de los sistemas de recompensas y control de conducta; segundo, las estimaciones subjetivas acerca del niño, la forma de percibir su desarrollo y su conducta se relacionan con las proporciones y tipo de estimulación que la madre ofrece a su hijo; tercero, los rasgos

de personalidad de la madre relacionados con las prácticas educativas y de cuidado del niño parecen relacionarse fundamentalmente con el trato con el padre y la socialización de la madre; cuarto, las estimaciones subjetivas de riesgo del niño parecen depender en parte de las creencias y conocimientos que las madres tienen acerca de la crianza. De todo esto, el esquema resultante que podría servir de guía en la investigación posterior es el que aparece en el Esquema 1.

Son varias las características de este esquema: 1) supone que las creencias y conocimientos que permean la estimación subjetiva de riesgo y las valoraciones acerca de la conducta del niño, si bien tienen una explicación cultural o comunitaria son moduladas también por las interacciones de pareja a través de las consideraciones del padre. Este vínculo de afectación como factor de explicación de varianza dependerá de la dependencia y sumisión de la madre como estilos de autoridad; 2) las técnicas correctivas y de enseñanza medidas como trato son afectadas fundamentalmente por el estado anímico y el estilo de autoridad de la madre con el niño, por el cual, cuando se habla de rasgos de personalidad nos referimos a autoconcepto, depresión-euforia y continuo sumisión-autoritarismo; 3) cada uno de los elementos que conforman el esquema se refieren a factores que derivan en variables que son evaluadas como reactivos u observaciones que deben construirse en relación al cuidado del niño. Particularmente, las variables resultantes y de proceso se medirán con un registro observacional directo, pues lo que se pretende explicar es el comportamiento como conducta no como cognición; 4) el desarrollo como medida de conducta del niño es visto como eje terminal de un proceso, sin embargo, debe considerarse que más allá del trato hacia el niño y la estimulación proporcionada es importante tener en cuenta que la especialización de repertorios sociales y lingüísticos van transformando el papel del niño dentro del hogar y la relación con el padre y la madre. Así

Esquema 1.

Relación entre variables del cuidado del niño e interacción de pareja.



pues, una vez abordado el problema de manera lineal deberá salir una línea de desarrollo hacia la interacción padre-madre y la socialización de la madre, lo mismo que hacia creencias y conocimientos, volviendo al esquema propuesto en un sistema cerrado de retroalimentación; 5) las variables sociales relacionadas con las subyacentes a considerar son: número de hijos, educación de la madre, ocupación del padre, enseres, infraestructura de la vivienda y sanitaria.

REFERENCIAS

Aron, A. & Aron, E. (1986) Love as the expansion of self: attraction. *Understanding and Satisfaction*. New York. Hemisphere.

Bijow, S. W. y Baer (1982) Psicología del Desarrollo Infantil la etapa básica de la Niñez Temprana. Ed. Trillas. Primera ed.

México. Vol. 3.

Boylan, R.B. (1972) *Infidelity*. New York: Dell.

Braywhaw, A. J. (1962). Middle-age marriage idealism-realism and the search for meaning. *Marriage and the Family Living*. 24, 358-364.

Bronferbrenner, V. (1987) *Ecología del Desarrollo Humano: Experimentos en Entornos Naturales y Diseñados*. Buenos Aires Paidós.

Burr, W. R. (1970) Satisfaction with various aspects of marriage over the life cycle: a random middle class sample. *Journal of Marriage and the Family*. 32, 29-37.

D'allessio, M. (1990) Los prejuicios del adulto respecto del niño. *Aspectos cogniti-*

vos de la socialización en la edad evolutiva. Palmonari, A. y Ricci-Betti, P. (Eds.) Buenos Aires. Nueva Visión pp 91.

Díaz Lovíng, R., Ruiz Benjumeda, P., Cárdenas Ramos, M.T., Alvarado Hernández V. y Reyes Domínguez, I. (1994). Maculinidad-Feminidad y satisfacción marital: Correlatos e implicaciones. *La Psicología Social en México, Vol. V AMEPSO*.

Fishbein, M. y Ajzen, Y. (1980) *Understanding attitudes and predicting social behavior*. Martin Fishbein (Ed.) Printice Hall Inc. Englewood Cliffs. NJ.

Gelfand-Donna, M. & Teti-Douglas, M. (1990) The effects of maternal depression children. *Clinical-Psychology Review*. Vol. 3 pp. 329-353.

Hoffman, M.L. (1984) Desarrollo moral y conducta en el mundo social del niño: En Schaffer, H.R. (Eds.) *Avances en Psicología del Desarrollo*. Madrid VISOR . Cap. 2 pp. 13.

La Rosa, J. y Díaz-Loving, R. (1988) Diferencial Semántico del Autoconcepto en Estudiantes. *Revista de Psicología Social y Personalidad*. Vol. 4 (1) pp. 39-57.

Lake, T. y Hills, A. (1980) *Infidelidad: Anatomía de las Relaciones Extraconyugales*. Barcelona, Grijalbo.

Long, N., Forehand, R., Fauber, R., y Brody, E. (1987) The effects of parental divorce and parental conflict on children: An overview. *Developmental and Behavioral Pediatrics*. 8, 292-296.

Mata, L. (1978) *The children of Santa María Canqué: A Prospective Field Study*

of Health and Growth. Cambridge. The MIT. Press.

Miller, S., Nunnally, E. y Wackman, D. (1975) *Alive and Aware: Improving Communication in Relationships*. Minneapolis; Interpersonal Communication Programs, Inc.

Nina-Estrella, R. (1991) Comunicación Marital y Estilos de Comunicación: Construcción y Validación. *Tesis Inédita de Doctorado*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Panier-Bagat, M. (1990) Influencias Educativas en el Desarrollo del Juicio Moral. *Aspectos Cognoscitivos de la Socialización en la Edad Evolutiva*. Palmonari, A. y Ricci-Betti, P. (Eds.) Buenos Aires, Nueva Visión. pp. 81.

Ponzio, E. (1990) La Normalidad del Niño en las Expectativas del Adulto. *Aspectos Cognitivos de la Socialización en la Edad Evolutiva*. Palmonari, A. y Ricci-Betti, P. (Eds.) Buenos Aires, Nueva Visión. pp. 27.

Radloff, L.S. (1977) The CES-D Scale: A self-report depression scale for research in the general population. *Applied Psychology Measurement*. Vol. 137 pp. 1081-1084.

Rainwater, L. (1971) Marital sexuality in four cultures of poverty. *Human Sexual Behavior*. D.S. Marshall and R.C.S. (Eds.) Publicaciones Basic Books, Inc. New York.

Rivera-Aragón, S., Díaz-Loving, R., Sánchez-Aragón, R., Ojeda-García, A., Ligan-Camarena, L., Alvarado-Hernández, V., y Avelarde-Barrón, P. (1994) El amor y el poder en la relación de la pareja. *La*

Psicología Social en México. AMEPSO. Vol. 5 pp. 161-167.

Rivera-Aragón, S., Díaz-Loving, R. y Flores-Galaz, M. (1988a) La Distancia entre el querer (ideal) y el tener (real) como predictor de la satisfacción con la relación de la pareja. *La Psicología Social en México*. Vol. 2 pp. 179-183.

Rivera-Aragón, S., Díaz-Loving, R., y Flores-Galaz, M. (1988b) La percepción de las características de la pareja y su relación con la satisfacción en la relación y reacción ante la interacción de la misma. *La Psicología Social en México*. AMEPSO. Vol. 2. pp. 184-189.

Rivera-Aragón, S., Díaz-Loving, R. y Flores-Galaz, M. (1987) Desarrollo y Validación del IMAI (Inventario Multifacético de Atracción Personal). *XXI Congreso Interamericano de Psicología*. Habana, Cuba.

Rollins, B.C. y Cannon, K.L. (1974) Marital satisfaction over the family life cycle: a reevaluations. *Journal of Marriage and Family*. 36, pp. 271-281.

Rubin, Z. (1973) *Linking and loving: an invitation to social psychology*. New York: Holt, Rinehart & Winston.

Schaffer, H.R. (1984) Tendencias actuales en la Psicología Anglo-Americana del Desarrollo. En el mundo social del Niño. *Avances en la Psicología del Desarrollo*. Madrid, VISOR. Cap. 1 pp.7.

Schaffer, H. R. (1990) El Desarrollo de la Competencia Interactiva en la Infancia. *Aspectos Cognitivos de la Socialización en la Edad Evolutiva*. Palmonari, A., y Ricci-Bitti, P. (Eds.) Buenos Aires. Nueva Visión. pp. 37.

Tiffany, F. (1992) Infants of Depressed Mothers. *Development and Psychopathology*. Vol. 4 (1) pp. 49-66.

Trodjman, G. (1989) *La Pareja*. México, Grijalbo.

Wahler, R. y Dumas, J. (1989) Attentional problems in dysfunctional mother-child interactions: An interbehavioral model. *Psychological Bulletin*, 105, 116-130.